



In memoriam

GABRIEL CISNEROS: UN POLÍTICO EJEMPLAR

El recuerdo de una personalidad tan extraordinaria, como fue la de Gabriel Cisneros Laborda, adquiere profundidad y enriquece su paleta cromática con el paso del poco tiempo transcurrido desde que nos dejó. La noticia de la muerte de un amigo muy querido, como fue Gaby, sin ser inesperada en este caso, tiene siempre algo de más repentino y subitáneo que cualquiera otra. Es como un fulgor, que produce al recibirse una sacudida, una conmoción del ánimo en la que los perfiles del recuerdo de la persona que se acaba de ir se dibujan en la mente con algo de un estallido. Es como un fuego artificial y produce el mismo efecto que éste en la retina. Se traza un perfil de luz que queda en la mente, como en el ojo queda unos segundos el resplandor del cohete y su explosión. Esto corresponde, imagino, a la sacudida que se produce en nuestro organismo al recibir una novedad tan emocionalmente impactante. Eso fue en primer lugar Gaby para mí, un amigo muy querido, y el primer impacto de la noticia de su muerte produjo exactamente esos efectos.

Digo esto porque de esa primera impresión ya dejé constancia escrita en un artículo, que un periódico de la mañana tuvo la bondad de pedirme y de publicar al día siguiente de su fallecimiento.

José Pedro Pérez-Llorca es abogado. Ex Ministro de Asuntos Exteriores. Del Patronato de la Fundación.

No sé si el tiempo todo lo cura. Esto siempre está por ver. Lo que es evidente es que su paso, el del tiempo, nos otorga perspectiva y produce un efecto que tiene algo de bálsamo, aunque no sea precisamente el de Fierabrás. En todo caso, el tiempo transcurrido y el sosiego que siempre aporta me permitirán, espero, serenar mi pluma y trazar una evocación más completa de la riquísima personalidad de Gabriel Cisneros.

Quiero referirme en primer lugar al excepcional talento literario de Gaby. Se dio a conocer por unas sabrosas crónicas juveniles en el diario *Pueblo*. Desde entonces ya mostró una calidad literaria y un buen estilo de escribir, de relatar, de decir, pensando en uno de sus silencios elocuentes, diría que hasta de callar elegantemente, que le acompañaron toda su vida.

El buen castellano y la expresión atinada no es que fueran en él una cualidad, que también, sino segunda naturaleza. Percibía, pensaba y yo creo que hasta respiraba y vivía en esa riqueza del lenguaje. Ni tan siquiera en los momentos digamos más coloquiales de la vida le abandonaba su comedida manera de expresarse, ni él la abandonaba tampoco. No recuerdo haberle oído nunca una expresión chocarrera ni vulgar, ni siquiera una grosería. La corrección y riqueza del lenguaje no hacían sino reflejar la ponderación y equilibrio de sus juicios, que, cuando eran negativos, y en muchas ocasiones no le quedaba otro remedio que tenerlos, expresaba siempre con sobriedad, moderación, serenidad y buenas maneras. Todo ello sin pizca de atildamiento ni asomo alguno de cursilería, a la cual era refractario en todas sus dimensiones.

No sé bien de dónde le venía ese magnífico venero de su buen castellano, porque Gaby tenía, entre otras cosas, el supremo buen gusto de no hablar casi nada de sí mismo en público ni en privado, rasgo éste que le distinguía y enaltecía sobremanera, en el universo de vanidosos que, entre otras cosas, es la sociedad actual. Sí sé de su ingente cultura literaria, que, acompañada de una memoria feliz, le permitía armar un aparato de citas para cada ocasión y momento cuando le daba la gana y sin un átomo de pedantería. Su conocimiento de nuestros clásicos en general y de Cervantes en particular era asombroso. Cuando quería, y no quería nunca en público, sacaba una cita del Quijote.

Pero no una cita de una frase, podía ser hasta de página y media. Tan es esto así, que en una ocasión nos escribió en un papel un largo texto que le brotó de repente, para que comprobáramos su absoluta fidelidad. Era efectivamente exacto.

Denotaba esto un extraordinario caudal de lecturas en su adolescencia y juventud y un hábito, el de la lectura, que jamás abandonó. Antiguamente en España, y aún hoy en otras latitudes, del que leía mucho se decía que “se cultivaba”, es decir, que era culto. Era algo que no estaba tan mal visto como ahora.

Cisneros era un hombre culto. Aunque era consciente del “handicap” que esto puede suponer en la actualidad en muchos sectores de la vida nacional si esa circunstancia llega a saberse, no lo disimulaba porque era consustancial a su persona, aunque sabía eludirlo cuando resultaba estrictamente necesario. Con este bagaje fue desde joven un excelente escritor y articulista.

Escribía a mano, “tengo pendientes mis escrituras”, solía decir, pero, si se terciaba, podía dictar la crónica al teléfono sin apoyo textual alguno. En alguna ocasión lo pude comprobar. Íbamos de viaje en coche, yo al volante, y allí le oí dictar un largo artículo con sus negrillas, puntos, comas y comillas, sin equivocarse ni una sola vez. O sea, que lo tenía entero en la cabeza. Así dicen que lo hacían los grandes del periodismo cuando no existían los artilugios de ahora.

Era un hombre inteligente y trabajador. No eludió el trance generacional de las oposiciones que superó brillantemente y comenzó su vida profesional a caballo entre la burocracia y las letras. Fueron éstas, las letras, las que pavimentaron su paso a la política.

Varios presidentes del gobierno pidieron el auxilio de su pluma, que el otorgó siempre como el hombre generoso que era. Cisneros era realmente generoso con sus talentos, su tiempo, su consejo y su amistad.

En la Tribuna fue un orador brillante, eficaz, moderado y respetuoso. Aunque escribió discursos para otros, no escribía los suyos. No le hacía

falta. Los llevaba en la cabeza y en la réplica fluían con rapidez y facilidad. En el “mitin” sabía ser eficaz pero le horrorizaban la repetición, la demagogia y el latiguillo. Sabía enfrentarse con brillo a cualquier circunstancia prevista o imprevista en que tuviera que hablar en público, pero este género de la oratoria electoral no era su favorito. Pienso que en esto también habría que alabarle el gusto.

Extraordinariamente eficaz en la controversia, supo abordar la modalidad de la tertulia radiofónica y televisiva, dignificándola y amenizándola.

Nunca ocultó lo que fue su adolescencia, casi infancia, política, que no en otros términos se puede describir aquel primer impulso de su remoto pasado juvenil. Esto, tratándose de tan poca cosa y en una generación en la que tantos han dado en proclamarse antifranquistas con carácter retroactivo o retrospectivo, sin respeto alguno a sus propias biografías ni a la memoria de las gentes, creo que también le enaltecía sobremanera. Cisneros en su vida política adulta actuó siempre como un demócrata y supo serlo de verdad, sin ínfulas, jeribeques, falseamientos ni complejos.

Su trabajo político ha sido singularmente fecundo. Pocos tienen su ejecutoria. Ponente de la Constitución, brilló con luz propia en las largas horas de su elaboración y en los debates parlamentarios correspondientes. Supo ser hombre de consenso, cuando lo juzgó preciso, consciente de la necesidad histórica de aquel paso, como de sus costes y de las luces, sombras y errores de lo que resultó. Es decir, que nunca tuvo ese simplismo papanata y acrítico que durante un tiempo reinó.

Su trabajo siempre se relacionó con el Parlamento, incluso cuando tuvo cargos políticos. Gaby fue Director General, Subsecretario y Secretario de Estado siempre en el área de las Relaciones con las Cortes.

Vuelto al Parlamento y sólo al Parlamento, allí hizo de todo y lo hizo muy bien. Tanta era su experiencia política que, entre otras cosas, anunciaba las crisis ministeriales por una especial sensación que le sobrevenía en las articulaciones. Una larga vida política sin crear enemigos. Nada es tan elocuente como ese dato que dice mucho de su caballerosidad y bonhomía.

Creo conocer sus reflexiones más profundas sobre el devenir de España frente a las fuerzas centrífugas. No eran nada halagüeñas, aunque no tan pesimistas como las que alberga el que suscribe.

Gaby, un hombre lúcido, siempre se dejaba guiar por su carácter optimista y vital y guardaba esperanzas, cada vez más tenues, de que la cosa aún podría tener remedio. No puedo resistir la tentación de decir que en nuestras conversaciones, que siempre incluían este capítulo, él calificaba mi posición de “más sombría”. Efectivamente, uno tiende a pensar que en este trascendental asunto hemos pasado el punto de no retorno, por lo que ya no cabría pensar en esta cuestión sino en términos de “certus an incertus quando”. La pregunta que uno tiende a hacerse, y que él también se formulaba, estribaría más bien en el cómo y acerca de cuántos y cuáles serán los fragmentos. Concordábamos ambos en que si esto ocurre, y puede ocurrir a la menor crisis, a la más tenue de las tosecillas políticas o económicas que experimente nuestro cuerpo social, además de ese inmenso fracaso, toda la armazón institucional existente se puede venir abajo como un castillo de naipes.

Fue un hombre leal, a la Corona y a quien la encarna, a la extinta formación política a la que él y yo pertenecemos, al Partido Popular, a los presidentes y los gobiernos con los que colaboró políticamente y a sus grupos parlamentarios, en los que fue una figura clave. Sirvió como pocos al Parlamento, fue también leal con la oposición y con los gobiernos a los que se opuso. Fue leal a sus ideas, a sus amigos a la democracia y a España.

Demócrata, allá donde los haya, era consciente de que este sistema nos exige aceptar la legitimidad de gobiernos que no gustan, si respetan los límites constitucionales y las convocatorias electorales y a condición, lo dijo él magistralmente en una ocasión, de la reversibilidad de las decisiones. Ésta es la más importante, la mayor grandeza del sistema democrático y Gaby supo siempre estar a su altura.

Era un hombre profundamente liberal. Su formación literaria e histórica, su creencia en el Parlamento, su respeto a los demás, su cortesía en la expresión y el trato, su confianza en la palabra, su preocupación por los es-

pañoles y por España. Todo esto configura el eje de la personalidad y el político liberal que era. Más liberal aun porque no nació políticamente siéndolo y porque lo supo ser a su manera. Pienso que el más auténtico liberal no nace sino que se hace y lo es siempre a su manera.

Fue un auténtico patriota, desde luego sin un sólo gramo de hojalata.

A Gabriel Cisneros no le interesó nunca demasiado la economía, yo diría que en ninguna de sus manifestaciones. En eso quizás no era del todo de estos tiempos. Podría haber sido un noventayochista, un político de la Restauración o incluso del romanticismo, o hasta un ilustrado.

Supo sin embargo vivir plenamente su época e incluso tener en el inicio y desarrollo del período histórico que vivimos un papel relevante como pocos. Como ya ha quedado dicho, abrigaba sus dudas sobre cómo se remataría esta etapa en lo territorial y con ello cuál sería el resultado final del proceso y a la postre su enjuiciamiento histórico definitivo. No será el que esto escribe quien piense que pudieran ser exageradas sus aprensiones.

A las puertas de la muerte lo pusieron los asesinos de ETA. Supo, con su rapidez de reflejos y su agilidad corporal, salvarse de un secuestro. Los dos tiros que le descerrajaron estuvieron a punto de acabar con él. Venció en esta batalla suprema, se reestableció y ocupó de nuevo su lugar en la lucha política a través de la palabra.

El sistema no fue suficientemente generoso con él. No se le tributó en vida el homenaje que se merecía. Él, por su parte, nunca quiso sacar ventaja o provecho de aquel gravísimo episodio.

Luchó con su mal con lucidez, dignidad, denuedo y estoicismo. Estuvo en la trinchera hasta el final.

Fue un hombre inteligente, leal, trabajador, culto, amable y honrado. Un político ejemplar y un hombre de bien. No exagero nada. Difícil será encontrar personas de su calidad, capacidad, entrega y experiencia. Con él y con Rodrigo Uría, que le precedió unos días en su marcha, tan distintos

pero ninguno de ellos distante en el afecto, se me han ido este verano dos referentes vitales y probablemente algo de mí mismo. Debe de ser verdad lo que dice la copla de cuando un amigo se va.